

TELAR

Aquellos últimos días de julio hacía mucho calor en Igartubeiti y alrededores. Hacía mucho tiempo que el sol no calentaba tanto. Kattalin estaba recogiendo lino, esperando a que llegaran las amigas a ayudar. La frente la tenía sudorosa. Respiró profundamente una y otra vez. Tiraba de la planta desde las raíces y hacía ramilletes de diez. Respiró profundamente y por un momento cerró los ojos queriendo imaginar a sí misma entre el frescor de aquel azul que el lino tenía cuando florecía en mayo. Aquel azul. Como si estuviera brotando una fuente con agua fresca. Si tuviera a mano una de aquellas flores, bebería de aquel azul.

Era un trabajo arduo. Sembrar el lino, recoger, colgar, ablandar en las aguas del arroyo, convertir en hilo y pasar horas y horas en el telar. Aquel era un trabajo arduo, pero reconfortante y bonito. Sobre todo, en aquellas largas horas que había que pasar en el telar. Se reunían tres o cuatro amigas y trabajaban al susurro de las canciones. Además, contaban cuentos y secretos entre ellas. Muchas de las veces, trabajaban por la noche, a oscuras, casi a ciegas, a la luz de las velas, hilo arriba, hilo abajo, hilo arriba, hilo abajo, ahora tú, ahora yo.

Muchos del entorno hablaban de brujería. Decían que hacían brujerías. A aquellas horas de la madrugada, a oscuras, cuatro-cinco mujeres. “Nada bueno” decían. Pero nadie de aquellos que maldecían se acercaba a trabajar. Kattalin le invitaba a ello “venid, venid, necesitamos más manos”, pero nadie se acercaba.

¡Y una noche...! Mientras trabajaban y a la vez hablaban, a Kattalin se le escapó una pequeña carcajada. Pequeña, pero carcajada. Y allí apareció Martintxo. Descalzo, el pequeño Martintxo. Asustado. Rascaba y rascaba los ojos y arrastraba el sueño tras de sí. Le preguntaba a su madre qué pasaba.

¿Ama, qué pasa? Cuando al final se despertó del todo, allí se quedó bien contento junto a su madre y sus amigas. Allí se quedó el pequeño Martintxo, junto al telar.